

CAPITULO IV.

LA UNIDAD CARLOVINGIA.

SECCION I.—EL IMPERIO DE OCCIDENTE.

§ I.—Restablecimiento del imperio.

El año 800 Carlo-Magno se encontraba en Roma. «El día de Navidad, dice *Eginhardo*, mientras que el Rey, asistiendo á la misa, se levantaba de orar ante el altar del apóstol San Pedro, el Papa le puso una corona en la cabeza, y todo el pueblo romano exclamó: ¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los Romanos, vida y victoria! Fué adorado por el pontífice, según la costumbre de los antiguos príncipes, y, dejando el nombre de patricio, fué llamado emperador y Augusto» (1).

De esta manera se restableció el imperio de Occidente. El pontificado parece desempeñar el primer papel en este gran suceso. Tal es, al ménos, el parecer de los contemporáneos; el *Analista de Lorsch* (2) nos dará á conocer los motivos por los cuales se confirió el imperio á Carlo-Magno: «Como la dominacion de los Griegos no merecia ya el nombre de imperio, y su gobierno habia caído en manos de una mujer (Irene), pareció conveniente á Leon,

(1) EINHARDI, *Annales ad a. 800.*

(2) *Annales Laureshamens.*, c. 33 (PERTZ., t. I, p. 38).

sucesor de los apóstoles, y á todos los santos padres que se hallaban presentes y también á todo el resto del pueblo cristiano, nombrar emperador á Carlo-Magno, rey de los Francos; era ya dueño de Roma, donde los antiguos Césares tenían la costumbre de residir, y poseía la Italia, la Galia y la Germania. Como Dios habia puesto todas estas comarcas bajo su poder, les parecia que no se hacia más que justicia en concederle también el título imperial. Y fué el primero que logró restablecer la paz y la concordia en la santa Iglesia romana, desterrando de ella la discordia que la habia turbado por tan largo tiempo.»

Los cronistas transmiten fielmente la impresion que este gran acto hizo sobre la cristiandad: vió en él el dedo de Dios y de la Iglesia. Hacía tres siglos que el mundo bárbaro era presa de la division y de la lucha; la raza germánica habia nacido dividida. La Iglesia sola conservaba la idea de la unidad; tenía la ambición de realizarla en el dominio espiritual: una por sus creencias, la sociedad cristiana debia también tender á la unidad política. El interes de su conservacion inclinaba al pontificado á restablecer el imperio de Occidente. En efecto, la dominacion de los Césares griegos amenazaba reducir á los papas al papel de patriarcas de Constantinopla, y la tiranía de los Lombardos comprometia su existencia. Aunque vencidos por Carlo-Magno, los enemigos del pontificado podian volver á levantarse. Esta era la gran preocupacion de Adriano, el amigo del rey de los Francos. Apenas los vencedores habian abandonado la Italia cuando los vencidos se agitaron y conspiraron; Lombardos y Griegos se unieron en un odio comun contra el extranjerero. Adriano no cesó de denunciar á Carlo-Magno las peligrosas intrigas de sus implacables enemigos; no tenía esperanza sino en el valor de su poderoso protector (1). Pero ¿quién aseguraba á los papas que les quedaria este apoyo despues de la

(1) *Ep. v, Hadriani ad Carol.* (*Cod. Carol.*, 59, DOM BOUQUET, t. v, p. 549), a. 775: «*Conjuro coram Deo vivo et vero ut sub nimia festinatione et maxima celeritate nobis subvenias ne pereamus, quoniam post Deum in tuis manibus nostras omnium Romanorum commisimus animas.*»—*Ep. XIII, Hadriani ad Carolum.*, a. 780 (*Cod. Carolin.*, 64, DOM BOUQUET, v, 558): «*Nefandissimi Neapolitani cum perversis Græcis invasi sunt.*»—*C. Ep. Hadriani ad Carol.*, xxx-xxxiii (*Cod. Carol.*, 92, 88, 73, 86, DOM BOUQUET, v, 572-77).

muerte del gran rey? ¿No podían los Francos olvidar á los obispos de Roma? Era necesario unirlos á la Santa Sede con un vínculo indisoluble, colocando sobre la cabeza de sus reyes una corona que habían de recibir de manos del Papa, identificando así su ambición con el interés de la Iglesia. El restablecimiento del imperio debía ser la salvaguardia del pontificado: tal fué, en efecto, su misión histórica.

¿Es esto decir que Carlo-Magno fuera tan extraño á la idea de su coronación que la hubiese ignorado? Nadie lo creerá, aunque *Eginharlo* lo asegura (1). El imperio había sido un ideal para los Bárbaros; Teodorico se había inspirado en él, los Francos lo habían restablecido casi de hecho llevando sus armas victoriosas por todo el Occidente. ¿No había de ambicionar Carlo-Magno una dignidad que le colocaba por cima de los reyes salidos de la conquista, para hacer de él el igual de los Césares de Constantinopla?

El restablecimiento del imperio de Occidente ha tenido gran eco en la Edad Media y hasta en los tiempos modernos. En la época del renacimiento de los estudios jurídicos, los legistas, admirados de la grandeza de la unidad romana, se entusiasmaron con la majestad imperial y con sus altas prerogativas. La restauración del imperio se consideró entonces bajo un aspecto bien distinto de la realidad. Un hombre de genio se ha hecho órgano de estas ideas: «El imperio romano, dice *Leibnitz*, no ha dejado de existir después de la deposición de Augústulo. Era uno, á pesar de la división de la administración entre el Oriente y el Occidente; los emperadores de Constantinopla heredaron, pues, la parte de Occidente. La dominación de los Godos, de los Lombardos y de los Francos no era sino un poder de hecho; de derecho el imperio descansaba sobre la cabeza de los Césares griegos. Pero no hicieron nada por mantener su derecho, abandonaron á los Romanos; entonces el Papa, para salvar á la Ciudad Eterna, dió el imperio á los Francos y la posesión decidió en favor de los Germa-

(1) El Rey, lejos de desear la dignidad de emperador, aseguró que no hubiera entrado en la Iglesia si hubiese previsto el proyecto del Soberano Pontífice» (EINHARD., *Vita Caroli Magni*, c. 28).—Un autor del siglo IX dice expresamente que hubo concierto entre Leon y Carlo-Magno (*Chronicon Johannis Diaconi*, en *Muratori Scripter*, II, 372).

nos.» El historiador filósofo promueve aún otra cuestión: ¿qué derechos dió á Carlo-Magno y sus sucesores el restablecimiento del imperio? «Guardémonos de creer, responde *Leibnitz*, que la dignidad imperial haya sido un vano título. El emperador de Alemania vino á ser el defensor de la Iglesia romana; ahora bien, el pontificado extendía su autoridad sobre todos los pueblos cristianos; el emperador fué, pues, colocado á la cabeza de la cristiandad, y encargado de defenderla contra los infieles. Como jefe temporal de la Iglesia, heredó por otro lado los derechos del imperio romano; era monarca universal del Occidente» (1).

No responderemos á estas sutilezas, más dignas de un legista que del gran hombre que las ha apoyado con su nombre. ¿Quién no ve que con ayuda de los mismos razonamientos se podría probar que la monarquía universal de los Persas, ó de los Macedonios, ó de los Arabes, subsiste todavía de derecho, que los Griegos tienen derecho á la herencia de Alejandro y los Turcos á la de los Califas? El restablecimiento del imperio en el siglo IX no fué más que una vaga é impotente tentativa de imponer la unidad á pueblos que la repugnaban profundamente. La lucha del imperio y del pontificado y los grandes hombres que ilustraron el trono de Alemania fueron los que dieron esplendor á la dignidad imperial. Después ha habido en los tiempos modernos partidarios de la Edad Media que han idealizado sus recuerdos imaginando yo no sé qué Estado cristiano que jamás ha existido. Estudiemos el primer germen de esta unidad y veremos que no existe sino en apariencia; en lugar de reconcentrarse en una poderosa monarquía acaba en las mil y una soberanías del régimen feudal.

§ II.—Extensión del imperio.

Carlo-Magno es el primero que reúne toda la Galia bajo su dominación; la Bretaña jamás había sido sometida sino nominalmente; la Aquitania, centro del elemento romano, no cedió al

(1) LEIBNITZ, *Annales Imperii Occidentis*, t. I, p. 212-216.

genio del Norte sino después de las reiteradas y sangrientas invasiones de Carlos Martel, de Pipino y de su hijo. Los Merovingios habían asociado á su destino, más bien que vencido, á las tribus germánicas. Las armas de los Carlovingios, ayudadas por el cristianismo, dominaron el espíritu de independencia de los Turingios, de los Alemanes y de los Bávaros; fué necesaria una lucha á muerte para reducir á los Sajones; su derrota y su conversión completaron la unidad de la Alemania. El Mediodía de Europa no obedecía sino en parte á las leyes de Carlo-Magno; como vencedor de los Lombardos les sucedió en su dominación, pero los emperadores de Constantinopla conservaron la Campania, la Calabria y una parte de la Lucania. Los Arabes, los Griegos y los Francos se disputaban las islas del Mediterráneo.

Los emperadores romanos se consideraban como dueños de la tierra y desconocían todo un mundo bárbaro, cuya misión era destruir la unidad romana. Mucho menos aún podía aspirar á la gloria de la universalidad la monarquía de Carlo-Magno. El Oriente era hostil ó desconocido. La Inglaterra pertenecía á los Anglo-Sajones; la Península española á los Árabes. Divididos en reinos rivales, los Anglo-Sajones tenían pocas relaciones con el continente; los Francos, dueños de las Galias, suscitaron algunas pretensiones al señorío de la Bretaña, como sucesores causahabientes de los Romanos (1): de hecho, la Inglaterra vivía en un aislamiento independiente. La batalla de Poitiers rechazó á los Arabes de la Galia, pero los Francos no pensaron en arrebatarles la Península; las victorias de Carlo-Magno no tuvieron otro resultado que agregar por algun tiempo la *Marca hispánica* á su imperio. La expedición de Carlo-Magno se ha hecho célebre por la derrota de Roncesvalles. Un historiador filósofo dice que fué una desgracia para la cristiandad. ¿Es verdad, como lo cree Leibnitz (2), que la dominación secular de los Moros en España se mantuvo gracias á la sorpresa de algunos montañeses? Si Carlo-Magno hubiera podido reconcentrar sus fuerzas, le hubiera sido fácil expulsar á los Arabes de la Península; pero debía servir á la humani-

(1) LAPPENBERG, *Geschichte Englands*, t. I, p. 118.

(2) LEIBNITZ, *Annales Imperii Occidentis*, t. I, p. 75.

dad en otra parte. Los Arabes, cuyo poder declinaba, no eran ya de temer; su estancia en España no comprometía la existencia de la cristiandad; fué más bien útil como elemento de civilización. Los Bárbaros del Norte eran mucho más peligrosos: la suerte de la cristiandad se decidió, en Alemania, con la conversión de los Sajones, en Italia, con la libertad del pontificado.

Muchas tribus eslavas reconocían la soberanía de Carlo-Magno; llevaban dones y tributos al poderoso emperador. Pero este homenaje tributado por los Eslavos al imperio germánico no fué más que pasajero; se inclinaban ante la fuerza; se volvieron contra la Alemania cuando cayó en manos débiles. Los Eslavos quedaron fuera de la unidad germánica, como los Germanos habían quedado fuera de la unidad romana. Guerras sangrientas dividieron á las dos razas. Una parte de los Eslavos se dobló al yugo de la Alemania, y el vencedor, en su orgullo, dió el nombre de vencidos á los siervos que poblaban sus campos (1). Pero la masa de la nación conservó su independencia. Hoy aparece ésta con esplendor en la escena del mundo: los descendientes de los *Eslavos* amenazan á los vencedores de sus padres.

En el siglo IX, el Imperio tenía enemigos más temibles en los hombres del Norte. Carlo-Magno necesitó treinta y tres años de combates para dominar á los Sajones. Más allá de los Sajones vivía un pueblo más indómito aún, porque tenía á su favor la inmensidad de los mares: Los normandos se atrevieron á atacar al Imperio, viviendo aún el gran emperador. Sus invasiones no fueron la causa de la disolución del Imperio, pero revelaron la debilidad de este ensayo informe de unidad y aumentaron las desgracias que abruman siempre á las épocas de decadencia.

Tales son los pueblos que quedaron fuera del imperio de los Francos. Una gran parte del Occidente, de la cual se titulaba emperador Carlo-Magno, no reconocía sus leyes. Los legistas, imbuidos en la falsa idea del derecho del Imperio á la dominación del mundo, han imaginado que el rey de los Francos, elegido emperador por el Papa, había llegado á ser, por esta elección, dueño de la Europa. Es verdad que príncipes extranjeros le dieron

(1) El nombre de *esclavo* viene de los *Eslavos*.

testimonios de respeto que, tomados á la letra, podrian hacer creer que se hallaban en una verdadera dependencia: «Carlo-Magno, dice *Eginhardo*, se uni6 con vnculos tan fuertes á Alfonso, rey de Galicia y de Asturias, que éste, cuando escribia á Carlo-Magno ó le enviaba embajadores, se titulaba siempre su *fiel*. Los reyes de Escocia le llamaban su señor, y se consideraban como sus súbditos y sus servidores.» Se cuenta aún entre los vasallos de Carlo-Magno un rey anglo-sajon, que, echado fuera de su reino, fué restablecido por la autoridad del emperador (1). Pero ¿hay necesidad de probar que estos príncipes se inclinaban ante el poder del rey de los Francos más que ante el emperador de Occidente, consagrado por el Papa? *Eginhardo* mismo dice que la necesidad de proteccion ó el reconocimiento era lo que inspiraba estos homenajes. El historiador franco pone en el mismo lugar á los embajadores del califa de Bagdad y á los embajadores del rey de Asturias; y ¿quién se atreverá á decir que el dueño del Oriente haya sido vasallo de Carlo-Magno?

Las relaciones de Carlo-Magno con el Oriente han contribuido más que sus largas luchas contra los Sajones, más que el establecimiento del pontificado, á dar esplendor á su nombre. Las tradiciones populares se apoderaron de las embajadas del califa y la poesía les dió un carácter maravilloso. Este renombre universal es la señal de la grandeza de Carlo-Magno. Presentemos el espectáculo de las relaciones entre los dos mundos, que despues de la muerte del gran rey se ignorarán hasta que se vuelvan á encontrar en los campos de batalla de la Palestina.

§ III. — Relaciones internacionales.

N.º 1. — *El imperio franco y el imperio griego.*

En vano se han esforzado los legistas en legitimar el restablecimiento del imperio de Occidente; los emperadores de Constan-

(1) *EINHARD Annal. ad a. 808.*

tinopla no hubieran aceptado ciertamente sus razones. Ellos eran los verdaderos herederos de Roma, si es que puede invocarse la ley hereditaria para los reinos; consideraban á los Bárbaros como usurpadores, y rehusaban dar á sus jefes el título de rey, ese título que habia tenido Alejandro. En su orgullo, los Césares inventaron un nombre bárbaro para designar á los príncipes bárbaros (1). Disfrazaron en cierto modo la palabra latina *rex*, dándole una terminacion griega; tal era el origen de la palabra *regas*, de la que se servian los emperadores de Bizancio al hablar de los reyes del Occidente.

Los Francos no eran exceptuados del desprecio que los Griegos demostraban á los Bárbaros. Sin embargo, los emperadores no habian dejado de estar en relacion con los señores de las Galias. Apenas establecido en sus conquistas, Clodoveo recibió de Anastasio el título de cónsul. Cuando Justiniano atacó á la Italia, trató de conciliarse la alianza de los Francos, apelando al odio que tenian á los Godos y á la comunidad de creencias que los unia á los Griegos; el emperador llegó hasta cederles la soberanía de las Galias. Los Francos fueron aliados poco fieles; ya manifestaban la ambicion de quedar en Italia por su cuenta. Hasta se pretendió (2) que uno de sus reyes, ofendido de ver que Justiniano ostentaba el título de vencedor de los Francos, de los Alemanes, de los Gépidos, de los Lombardos, quiso reunir en su derredor todas las tribus germánicas y dirigirlas contra Constantinopla. Mas tarde bajaron á Italia los Francos como aliados del pontificado.

Los emperadores no podian ver sin espanto la vecindad de esta nacion belicosa, que, aún como aliada de los Griegos, habia amenazado al imperio de Bizancio. La política bizantina ocultó su miedo bajo la apariencia de la amistad. Pipino, de vuelta de la Lombardia, vió llegar á su córte embajadores de Constantino que le traian ricos presentes, entre otros un órgano «de maravillosa belleza» (3). La donacion del exarcado al obispo de Roma y el restablecimiento del imperio de Occidente hubieran sido objeto de

(1) *Vita Caroli Magni*, c. 16.

(2) *AGATH., Hist.*, I, 4.

(3) *Crónicas de S. Dionisio*, año 757. — *EINHARDI Annales ad a. 757.*